

y hacian saltar los techos y á los defensores que los ocupaban. En otros hacian uso de la mina y volaba el edificio entero. Mas cuando la destruccion era muy grande, veíanse obligados á marchar á descubierta de los tiros de fusil, y la experiencia de algunos dias les enseñó á no cargar la mina con exceso. . . . De este modo lograron irse apoderando de algunas casas y conventos, sufriendo dentro de cada edificio un sangriento combate, teniendo que marchar los franceses siempre por debajo de mina, y hallando de seguro la muerte los que tenian que andar al descubierto, aunque se resguardasen con tablonés: los dueños de casas las incendiaban si esperaban abrasar dentro de ellas á los enemigos; así llegaron estos hasta el Coso, habiendo empleado en estas sangrientas lides, desde el 26 de Enero hasta el 7 de Febrero; habiendo perdido en ellas al general Rostoland, al bizarro y hábil Lacoste, y quedando mal heridos otros Sefes.

Ansioso Lannes de avivar las operaciones de tan desastroso sitio, ordenó á Gazan que embistiese el arrabal, lo cual ejecutó con veinte piezas de grueso calibre sobre el convento de Franciscanos de Jesus, abriendo ancha brecha y desalojando de él unos trescientos españoles. Mas al querer penetrar en el contiguo de San Lázaro, situado á la orilla del Ebro, halló tal resistencia que se vió forzado á retroceder. Enviéronle toda la artillería de la derecha, merced á lo cual logró entrar en San Lázaro, en cuya magnífica escalera se empeñó tan sangrienta lucha entre franceses y españoles, que solo terminó con la muerte de casi todos estos. Con la ocupacion de aquel edificio quedó cortada la retirada á nuestras tropas del arrabal, pues al querer repasar el puente, era tal el fuego que los enemigos hacian que parecia brotar llamas el Ebro; muy pocos consiguieron franquearle, y aquel dia se perdieron entre muertos, heridos y prisioneros, mas de dos mil hombres. Cincuenta piezas colocaron los franceses para arruinar las casas situadas á la derecha y en el pretil del rio. Y entretanto, en el centro de la ciudad, franceses y españoles minaban y contraminaban el paso del hospital de locos al convento de San Francisco; cargaron aquellos su mina con tres mil libras de pólvora, y fingiendo un ataque abierto, y apresurándose los españoles á ocupar todos los pisos del convento esperándolos allí á pié firme, oyóse una espantosa detonacion que estremeció toda la ciudad; una compañía del regimiento de Valencia voló toda

entera por los aires juntamente con los escombros del convento. Al través de ellos se lanzaron los franceses á la bayoneta hasta desalojar á los españoles. Pero muchos de ellos se subieron al campanario, y sobre el tejado de la iglesia tuvieron serenidad para abrir un boquete en la bóveda, y por ellas arrojaron tantas granadas de mano que ahuyentaron de allí á los franceses. Recobraron estos sin embargo al dia siguiente aquel punto. En todas partes los frailes habian exhortado con su palabra y animado con el ejemplo, manejando la espada ó la carabina. Las mujeres suministraban cartuchos y peleaban tambien. Los franceses seguian minando el Coso para hacer saltar las casas de ambos lados.

Sucedía esto cuando la epidemia estaba arrebatando trescientas cincuenta víctimas por dia. Entraban diariamente en los hospitales sobre cuatrocientos enfermos; para los que en ellos cabian, faltaban medicinas y no habia alimentos; costaba una gallina cinco pesos fuertes; los que no cabian morian abandonados en las casas ó en las calles; no habia tiempo ni espacio para enterrar los muertos; estaban los cadáveres hacinados delante de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera; muchos deshacian y desgarraban las bombas que caian, ofreciendo sus mutilados y esparcidos miembros un espectáculo horrible. Los vivos, flacos, macilentos, estenuados parecian espectros errantes en medio de un vasto cementerio. El mismo Palafox atacado de la enfermedad reinante, se hallaba á las puertas de la muerte; en la noche del 18 al 19 tomó el mando una junta que precedía el regente de la audiencia D. Pedro Maria Ric; y todavía no faltaba quien propusiera se ahorcase á todo el que hablare de rendicion ó diera indicios de desfallecimiento.

Por su parte los soldados franceses, cansados de lucha tan obstinada y terrible, y viendo que en mas de cuarenta dias solo habian logrado conquistar las ruinas de dos ó tres calles, murmuraban y se preguntaban unos á otros: ¿Se nos ha traído á perecer todos aqui? ¿Se ha visto semejante modo de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros gefes? ¿Por qué no se aguardan nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á estos furiosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes? Procuraba Lannes reanimarlos diciéndo, que era imposible que los ene-

migos defendieran todas las calles con el mismo teson, que la energia tenia su término; un esfuerzo mas, les decia, y pronto sereis dueños de la ciudad en que la nacion española tiene cifradas todas sus esperanzas, y pronto recogeréis el fruto de todos nuestros trabajos y penalidades.

Al tiempo que Gazan hacia jugar sus cincuenta cañones para destruir el arrabal, pegose fuego á dos hornillas de una mina que se habia practicado debajo de la Universidad, cargadas con mil quinientas libras cada una; voló aquel gran edificio con horroroso estrépito, abriéndose dos anchas brechas, por donde penetraron al instante á labayoneta dos batallones, y se apoderaron de la cabeza del Coso y de los dos costados. Todavía los nuestros hicieron esfuerzos increíbles de valor en otros edificios y en otras calles. Pero apenas quedaba ya en pié, la tercera parte de los combatientes, y estos escualidos y demacrados. Situacion tan angustiosa era insostenible.

Hecha la capitulacion, viene diciendo el historiador. "En su virtud, el 21 de Febrero de 1809, desfilaron fuera de la ciudad diez mil infantes y dos mil ginetes, pálidos y desencajados por delante de los soldados franceses, los cuales, depuestas por aquellos las armas, entraron en la infortunada ciudad, en que solo se veian ruinas y cadáveres en estado de putrefaccion. Sesenta y dos dias habia durado el sitio. De cien mil habitantes, entre vecinos y refugiados, habian perecido cerca de cincuenta mil. Los mas de los edificios habian sido arruinados ó destrozados por las bombas y balas, perdiéndose entre otras preciosidades la rica biblioteca de la Universidad y la preciosa coleccion de veinte mil manuscritos del convento de San Ildefonso." Dos historiadores, por cierto nada sospechosos, (franceses) hablando del sitio de Zaragoza, dicen: "Ningun otro sitio podia presentar la historia moderna que se pareciese al cerco de Zaragoza: para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron, era preciso remontarse á tres ejemplos. Numancia, Sagunto y Jerusalem. Y á decir á verdad, aun sobrepuja el horror del acontecimiento moderno al de los acontecimientos antiguos, á causa del poder de los medios de destruccion inventados por la ciencia . . . La resistencia de los españoles fué prodigiosa." (*Thiers.*) El otro historiador dice: "La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los mas admirables espectáculos

que ofrecen los anales de las naciones despues de los sitios de Sagunto y Numancia." (*Rogniat.*) El brigadier D. Pedro Villacampa con el objeto de instruir y disciplinar su fuerza, se retiró á las sierras de Albarracin colocándose en el célebre santuario de Nuestra Señora del Tremedal, de gran veneracion en toda aquella comarca." Conociendo los franceses la necesidad de alejarle de aquellas asperezas, enviaron al efecto tropas de infantería, con artillería y un cuerpo de coraceros, que por medio de una hábil maniobra arrojaron de allí la gente de Villacampa, (25 de Octubre) volaron el santuario y saquearon é incendiaron el pueblo de Orihuela, situado á un cuarto de legua á la falda del monte." (*Lafuente.*)

El general frances Lassalle derrotó cerca de Burgos las fuerzas mandadas por el conde de Belveder, habiendo entrado unos y otros revueltos á la ciudad.

"Algunos tiros disparados por los fugitivos en las calles de Burgos, sirvieron de pretexto á Napoleon (que allí se encontraba) para entregar la ciudad al pillaje, desórdenes (dice un historiador frances) poco propios para hacer amar la dominacion francesa en España. Apoderáronse entre otras cosas de dos mil sacas de lana pertenecientes á ricos ganaderos, que enviadas á Bayona y vendidas, valieron muchos millones. Cuando José (rey de España y hermano de Napoleon) entró en Burgos, el fuego destruía todavía algunos cuarteles de la ciudad; las casas estaban casi desiertas."

El general Kellerman dispuso una requisicion de caballos para el servicio de sus fuerzas, ordenando que todos aquellos que no se entregasen para el servicio les sacasen el ojo izquierdo, márcasen é inutilizasen, órden que ni un caribe la habria dado.

Sobre la toma de Mequinenza oigamos al mismo historiador:

"Encomendó Suchet (mariscal) el sitio y ataque al general Musnier. No habia camino por donde los franceses pudieran llevar su artillería, y les fué preciso abrirle á través de las ásperas montañas que por la parte de Occidente guardan nivel con la posicion del castillo, elevado y aislado por todos los demas puntos. Merced á esta difícil y penosa operacion, en que emplearon desde el 1º de Mayo hasta el 1º de Junio, y en cuyo intermedio tomaron tambien posesion á las orillas de los dos rios, lograron los franceses aproximar al castillo su tren de batir, En la noche del 2 al 3 se abrió la trin-

chera; en la del 4 al 5 penetraron los sitiadores en la villa y saquearon é incendiaron muchas casas."

Para concluir lo referente á la invasion francesa en España, insertaré aquí lo que el mismo historiador dice de la retirada de los franceses al mando del célebre mariscal Massena:

"Cierto que el ejército frances fué dejando en todos aquellos infortunados países horribles huellas de sangre, de incendio, de desolacion y de muerte, cuyo relato hace estremecer. Presas de las llamas poblaciones enteras, martirizados y degollados sin piedad los moradores que se descuidaban en abandonarlas, contemplábanse felices los que lograban ganar las crestas de los montes, llevando sobre sus hombros los ancianos, los enfermos y los inocentes párvulos. Mansion hubo en que se descubrieron hasta treinta cadáveres de mujeres y de niños. Las chozas de las aldeas, los palacios de las ciudades, los monasterios solitarios, todo era igualmente saqueado y entregado despues al fuego; ni los sepulcros eran respetados, ni á las cenizas de los muertos se les dejaba reposar, antes se les esparcía al viento, como sucedió con los cadáveres de los reyes de Portugal sepultados en el monasterio de Alcobaza. Los lobos se agolpaban en manadas (dice un erudito historiador), donde como apriscados, de monton y sin guarda, yacian á centenares los cadáveres de racionales y de brutos."

Ahora presentaré á mis lectores algunos pasajes de la última guerra en los Estados-Unidos de 1861 á 1865. Los célebres historiadores Spencer y Horacio Greeley, en su historia de los Estados-Unidos, hablando de la toma y rendicion de la ciudad de Newbern en la Carolina del Norte, dicen:

"No siéndole posible al enemigo resistir por mas tiempo, el general Burnside hizo avanzar todas las fuerzas á fin de perseguirle; mas se habia emprendido la retirada tan precipitadamente, que cuando la vanguardia de los federales llegó á la orilla del Frent, frente á Newbern, vióse que la ciudad estaba ardiendo por siete puntos distintos; el magnífico puente del camino de hierro se hallaba convertido en una inmensa hoguera, y las tropas confederadas, con todas las locomotoras que habia dentro y fuera de Newbern, se alejaban por la parte de Goldsboro. Los marinos unionistas consiguieron pronto apagar el fuego de algunos edificios; pero el puente, el mercado y una docena de casas quedaron reducidas á cenizas.

"Habiendo ocupado el ejército federal un antiguo campamento al Norte del Rappahannock, el general Hooker le dirigió una proclama, y entre cosas les decia:

"Los acontecimientos de la semana última bastan para henchir de orgullo á todos los oficiales y soldados de este valeroso ejército, que acaba de adquirir un nuevo lauro en las gloriosas jornadas de estos dias. Hemos hecho largas y penosas marchas, cruzando anchos rios, sorprendido al enemigo en sus atrincheramientos, y do quiera que hemos peleado, siempre fueron mayores las pérdidas de nuestros contrarios. Hemos hecho ademas 5,000 prisioneros, cogido 15 banderas y 7 cañones, y hemos puesto, en fin, fuera de combate 18,000 hombres de tropas escogidas, destruyendo luego grandes depósitos militares, é interceptando todas las comunicaciones; hasta en fortalezas enemigas nos hemos apoderado de muchos prisioneros, *sembrando por todo el país el terror y la consternacion.*" Cap. XIII, pág. 453.

"El general Gregg, con algunas tropas de Maine y Nueva-York, trata de destruir el puente del camino de Fredericksburg por la parte de Ashland, mas no pudo conseguirlo, *y hubo de contentarse con quemar dos ó tres molinos*, despues de lo cual volvió á reunirse con Stoneman." El mismo capítulo, pág. 454. Los excesos cometidos por las fuerzas que tomaron el fuerte Pillow, son verdaderamente espantosos: hé aquí su descripcion:

"En aquel momento el general Forrest envió un parlamentario con bandera blanca, intimando la rendicion sin condiciones, y entónces Bradford (jefe de la plaza), mandó suspender el fuego y pidió se concediera una hora de término para consultar con sus oficiales, á lo cual contestó el jefe separatista (Forrest), que solo otorgaria veinte minutos, y que pasados éstos se daría el asalto sin mas aviso.

Mientras se llevaban á cabo estas negociaciones, Forrest habia hecho avanzar á sus tropas hasta situarlas muy cerca del fuerte en posiciones convenientes para lanzarse al asalto á la primera señal, *y apenas se hubo alejado el segundo parlamentario, acometieron resueltamente las obras defensivas*, en las cuales penetraron sin gran dificultad. Entónces, y á los gritos de ¡No haya cuartel! ¡Muerte á los negros! comenzó una espantosa carnicería, en la que unos 300 hombres que habian dejado ya sus armas, fueron sacrificados desa-

piadadamente. Los soldados, furiosos, sedientos de sangre, y olvidando por un momento la disciplina, invadieron hasta el hospital y degollaron á los negros en sus mismas camas; las enfermeras negras fueron sacrificadas con sus hijos, y ni aun la noche puso fin á la carnicería, pues al día siguiente volvió á empezar ésta, siendo entónces las víctimas cuantos estaban heridos." Cap. XXII, pág. 666.

Hablando del incendio de la Colombia, Carolina del Sur, dice lo siguiente:

"Una bandera blanca, izada en la casa de la ciudad, anunció la rendición de Colombia; poco despues, precedido por las bandas de tambores y por la música, con las banderas desplegadas y gran aparato militar, penetró el ejército *yankee* por la calle mayor, dirigiéndose á la plaza del Capitolio.

"Apenas se hubo posesionado el enemigo de la plaza, comenzó una espantosa escena de saqueo y pillaje; los merodeadores y toda la chusma que seguía al ejército, invadieron al momento las calles y las casas; el que necesitaba un par de botas se las quitaba al primero que encontraba al paso; todos buscaban relojes, y á varias señoras les robaron los suyos, llegando hasta el caso de que les arrancaran los pendientes y les sacasen los anillos de las manos, valiéndose de amenazas. No hubo mueble que no se sometiera al mas escrupuloso registro para ver si encontraban joyas ó efectos de algun valor, y hasta en los jardines, en los sótanos y en las chimeneas de las casas se revolvió y trastornó todo, con la esperanza de hallar alguna cosa escondida por sus dueños. Una cuadrilla de ladrones de profesion no hubiera podido hacer mas. El Rev. Mr. Sand, uno de nuestros mas venerables sacerdotes, que se dirigia al colegio de la Carolina del Sur, conduciendo un gran cajon, el cual encerraba los efectos para el servicio divino, todos de plata maciza, fué acometido por un *yankee* y un negro, que amenazándole de muerte le obligaron á que lo entregase.

"La conflagración que redujo á cenizas una parte de la ciudad, comenzó al anohecer cerca de la cárcel, y como soplabá un violento huracan, se propagaron al poco las llamas de tal modo, que ya no fuese posible contener el progreso de aquel elemento devorador. Desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada, la ciudad ofreció un aspecto tan grandioso como imponente; el cielo parecia adquirir poco á poco un color rojizo cada vez mas intenso; miles de chispas

volaban en todas direcciones, y el estruendo de los tabiques que se hundian ó de las paredes que se derrumbaban, infundian pavorosa tristeza. Era el aire tan caliente, que parecia salir de un horno encendido; por muchas calles no se podia pasar; hombres, mujeres y niños corrian en todas direcciones, aturdidos y como fuera de sí; todos los efectos que se arrojaban de las casas para salvarlos, sirvieron de pasto á las llamas ó fueron robados en el acto, y por último, veíase á muchos soldados del ejército federal, que embriagados completamente, recorrian la ciudad con teas incendiarias para pegar fuego á las casas que se habian salvado. Mas de 4,000 ciudadanos quedaron sin hogar y sin amparo; desde la casa de la ciudad hasta Cotton-Town, todo era un monton de ruinas ennegrecidas y humeantes, y de algunas calles de la ciudad ni siquiera quedaban restos. Despues de terminar la destrucción de Colombia Sherman continuó su marcha hácia el Norte." Cap. XXVI, pág. 726.

Quizá llamará la atención á algunos de los lectores mi insistencia en presentar sucesos parecidos á los que tuvieron lugar en la toma de Guanajuato; pero si he insistido en referirlos, es porque este es el *gran caballo de batalla de los historiadores todos* que se ocupan en la narración de este suceso, que unánimemente inculpan al Sr. Hidalgo de todo lo que allí aconteció, sin tomar en consideración que aquellas desgracias tuvieron lugar contra la voluntad del Sr. Hidalgo y no obstante las órdenes severísimas que dictó en aquellos momentos para impedirlos, siendo de advertir que no solo las dictó en lo verbal y despues por bando, sino que personalmente salió á dar auxilio y defender las casas é intereses de los particulares, como vemos lo hizo con el Sr. Alaman, y evidentemente lo mismo haría con otras muchas familias que se encontraban en iguales circunstancias, porque no habia de ser la sola excepción aquella familia y aquellos intereses. Cualquiera otro general, y en una escala mucho menor en representación que en la que el Sr. Hidalgo se hallaba colocado, habria mandado á sus subalternos para que defendiesen á aquellos que se veían amenazados. Muy en pequeño son estas desgracias puestas en paralelo con las que he presentado á la vista del lector, omitiendo otra multitud acaecidas en fechas muy posteriores, por ejércitos y gefes de conocida reputación, sin que á nadie se le haya ocurrido atribuir las á sus caudillos; males en verdad muy

lamentables, pero que siempre han sido y serán las consecuencias forzosas de la guerra.

La generosidad con que se portó el Sr. Hidalgo con su mas implacable enemigo D. Gil Riaño, no solo devolviéndole á la intendenta todos los valores que tenia de su propiedad en la Alhóndiga esta señora (y que eran realmente botin de guerra) y mandando despues abundantes recursos para que se curase D. Gil de sus heridas, sino que le propuso una alta graduacion en su ejército, si abrazaba su causa: no es menos digna de elogio esta accion á la tan decantada por los historiadores, de la que hizo Alejandro con la familia de Darío, rey de Persia.

Las palabras con que contestó á la súplica que le hacia la señora esposa de D. M. Baranda, padre del distinguido magistrado de Guanajuato, para que pusiese en libertad á su esposo, revelan con toda claridad la nobleza de sentimientos y elevado espíritu del Sr. Hidalgo y confirman plenamente todo lo que he dicho poco antes. Esta señora, acompañada de su pequeño hijo, ocurrió al caudillo, suplicándole se sirviese poner en libertad á su marido. Escuchóla el Sr. Hidalgo con atencion, y conmovido por los ruegos de la señora q el hijo, le contestó:

“Señora, las circunstancias me obligan á disimular estos males necesarios, que soy el primero en sentir y lamentar . . . Su marido de vd. queda en libertad, ya que se ha librado del furor de mis soldados, y ojalá que así pudiera yo salvar á todos sus compañeros de infortunio.”

La contestacion que dió á las observaciones que hacia el cura Labarrieta sobre el juramento de fidelidad hecho á Fernando VII y que no podian conciliar estas ideas, con los planes de independencia que proponia el Sr. Hidalgo, dá á conocer su vasta penetracion. El juicio que formó de Fernando VII al decir que aquel era un *ente* que ya no existia, era la verdadera historia de aquel inepto monarca haciéndola en dos palabras.

La extraordinaria actividad que desplegó para reorganizar la administracion de aquella capital que á consecuencia de los sucesos en ella ocurridos, se habia destruido todo lo existente, así como la creacion de la casa de moneda, fábrica de fundicion, arreglo de sus tropas, en solo ocho dias, manifiestan un genio verdaderamente crea-

dor y organizador, y un exquisito tacto en elegir personas aptas para esta clase de comisiones.

Muy pocas son en número las guerras de esta naturaleza, que presenten caracteres menos marcados con actos de verdadera barbarie, como la nuestra. De una manera decidida se afirma, y magistralmente se asienta, por la mayor parte de nuestros historiadores, que las masas que acaudillaba el Sr. Hidalgo, se componian de hombres criminales, y que si lo seguian era solo guiados por el instinto del robo y del pillaje. No es esto cierto, y los hechos prueban lo contrario. El único acto de verdaderos desórdenes fué el que tuvo lugar en Guanajuato, debido á la resistencia que se hizo en aquella plaza y que fué preciso tomarla por asalto. Pero ni en Dolores, San Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato, Valladolid, Tacámbaro, Maravatío, Toluca, Leon, Silao, Lagos y Guadalajara, se repitieron las escenas de Guanajuato porque en ninguna de estas poblaciones se opuso resistencia. Pero se me objetará diciendo: ¿y los asesinatos de Valladolid y Guadalajara? Aplazo al lector para que á su debido tiempo, hagamos el análisis de aquellos lamentables sucesos.

Firme en su propósito de no estacionarse en ninguna poblacion, sino de ocupar con sus fuerzas y hacer cundir el fuego de la revolucion por todas partes, mandaba emisarios con este objeto. La revolucion habia tenido su origen, su cuna, en el centro, en el corazon de la Nueva España. Encontrábase el Sr. Hidalgo rodeado por todas partes de enemigos y si bien su posicion en este sentido era sumamente peligrosa y difícil, tambien era imponente y majestuosa.

Las grandes reacciones morales y físicas, nunca parten de las extremidades al centro, sino que tienen un origen del centro á las extremidades; las revoluciones que tienen por objeto cambiar nuestro modo de ser, que de la esclavitud nos hacen pasar á la libertad, de la muerte nos tornan á la vida y de la postracion y abatimiento á la dignidad de hombres y de seres libres y pensadores, esas revoluciones tienen su origen en el corazon, siendo estas las mas bellas conquistas de la humanidad. Penetrado el Sr. Hidalgo de estas ideas, difundíalas por cuantos medios le eran posibles; sus rápidos triunfos los aprovechaba en dar mayor ensanche á su plan de operaciones militares.

Establecido el orden y tranquilidad en Guanajuato y toda su provincia, y en corriente su administracion, no se engolfó en sus

triumfos, ni durmió sobre sus laureles, sino que se aprestó á nuevas luchas, á nuevos combates. Provisto su ejército con mas abundantes elementos, mejor disciplinado y satisfecho por las victorias obtenidas, se hallaba preparado para seguir en nuevas conquistas. Pero dejemos por un momento al Sr. Hidalgo en Guanajuato, para instruir al lector de las providencias que el virey tomaba para conjurar la revolucion, así como de los movimientos del comandante de S. Luis (Calleja) de quien estaba pendiente el Sr. Hidalgo.

CAPITULO XXVIII.

GOBIERNO COLONIAL.

(CONTINUACION.)

SUMARIO.

1. EL PARTIDO REALISTA.—2. POSICION DEL VIREY.—3. D. FELIX MARÍA CALLEJA.—4. SUS SERVICIOS.—5. SABE CALLEJA EL MOVIMIENTO DEL SR. HIDALGO. CLETO EL MOZO.—6. D. JOSE GABRIEL ARMIJO.—7. PROVIDENCIAS DE CALLEJA.—8. LEVANTA FUERZAS.—9. EL CONDE DE SAN MATEO.—10. NOMBRAMIENTO DE OFICIALES.—11. D. ANASTASIO BUSTAMANTE Y D. MANUEL GOMEZ PEDRAZA.—12. LA HACIENDA DE LA PILA.—13. RECURSOS. 14. JURAMENTO.—15. PROCLAMA.—16. ORDENES DEL VIREY.—17. EL BRIGADIER CALLEJA.—18. ABUSOS.—19. EL CONDE DE LA CADENA. SU PROCLAMA.—20. PUERTO DE CARROSAS.—21. ATENTADOS DE CALLEJA Y FLON. SAQUEOS.—OBSERVACIONES.

1. La profunda sensacion que produjeron en la capital de Nueva España, los sucesos que tuvieron lugar á consecuencia de la toma de Guanajuato, y los exagerados comentarios que en estos casos siempre se hacen, no son de fácil descripcion. Consternados sus habitantes, el partido realista considerando perdida su causa, y sin esperanzas de recibir algun auxilio de la metrópoli, todo les presagiaba un fin funesto.

2. El Virey, que á mas de estas consideraciones tenia la conviccion de su falta de conocimiento del país, para dirigir con acierto su plan militar, tenia necesidad de consultar con la Audiencia y personas de confianza sus operaciones.